

# LA ESTELA DE EL CARPIO (CÓRDOBA); AVANCE A UNA NUEVA MANIFESTACIÓN SIMBÓLICA DEL BRONCE FINAL EN LA VEGA MEDIA DEL GUADALQUIVIR

RAFAEL M.<sup>A</sup> MARTÍNEZ SÁNCHEZ <sup>1</sup>

ÁREA DE PREHISTORIA. UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

✉: martsancho@hotmail.com

ANALES  
DE ARQUEOLOGÍA  
CÓRDOBESA  
NÚMERO 19 (2008)

PÁGS. 11 - 22

## RESUMEN

Se presenta un avance al reciente descubrimiento de una nueva estela del Bronce Final procedente de la localidad cordobesa de El Carpio, hallada reutilizada en la torre medieval de dicha población. La inclusión de dos figuras humanas en el monumento dentro de una aparente jerarquía compositiva y la dinámica escénica de la representación conservada nos obliga a relacionarla con ejemplos coetáneos procedentes del Valle del Guadalquivir, uno de cuyos exponentes más espectaculares integra sin duda la estela de Ategua, hallada hace ya casi cuarenta años.

**Palabras clave:** Estela de guerrero, Bronce Final, Vega Media del Guadalquivir.

## RÉSUMÉ

Nous voulons présenter dans les pages suivantes, la récente découverte d'une nouvelle stèle du Bronze Final, localisée dans la ville de El Carpio (Cordoue), trouvée réutilisée dans la tour médiévale. L'insertion dans le monument de deux figures humaines, respectant une claire hiérarchie compositionnelle, ainsi que la dynamique de la scène, nous ont poussé à établir une relation avec des éléments connues provenant de la Vallée du Guadalquivir, là même où l'exemple le plus spectaculaire, une grande stèle, fut trouvée près du site d' Ategua, il y a presque 40 ans.

**Mots clefs:** Stèle de guerrier, Bronze Final, Plaine Moyenne du Guadalquivir.

<sup>1</sup> Queremos ofrecer nuestro más sincero agradecimiento al Ilmo. Ayuntamiento de El Carpio en la figura de su alcalde, D. Alfonso Benavides, sin cuyo impulso e interés particular, este trabajo y de seguro otros futuros, no verían nunca la luz.

---

## INTRODUCCIÓN

---

Tema conocido desde hace más de un centenar de años, el fenómeno de las estelas *decoradas* ha sufrido toda clase de síndromes interpretativos, debates e hipótesis variopintas amparadas en la falta de contexto arqueológico y de la medida que deberían establecer una relaciones estratigráficas y espaciales hasta ahora ausentes. Esto se ejemplifica al ojear la más reciente bibliografía; la *incapacidad* real y todavía neta, de asociar dichas manifestaciones al mundo funerario, a menudo muy a pesar de los propios investigadores (Belén; Escacena; Bozzino, 1991: 245-248) De ello se extrae el interesante trabajo publicado por Ruiz Gálvez respecto a su adscripción a hitos o marcadores de vías de comunicación de intercambio de productos, vista la difícil constatación arqueológica de ritos funerarios en el Bronce Final hasta el llamado Horizonte Precolonial (Ruiz Gálvez; Galán, 1991: 258-260). Debates centrados en torno al origen atlántico o mediterráneo de los realizadores de dichas manifestaciones o los productos representados en ellas, autoctonismo contra difusionismo, o cuestiones ya clásicas como el problema étnico, la raíz indoeuropea o su relación con la llamada *Cultura de los Campos de Urnas* (Almagro Basch, 1966) jalonaron las décadas anteriores a la conformación de los paradigmas actuales (Celestino Pérez, 2001: 30).

Desgraciadamente los problemas derivados del estudio de las estelas del Suroeste no aparecen solos junto al objeto de este trabajo. La comprensión de la dinámica histórica de la Andalucía central durante el Bronce Final, y concretamente respecto a su desarrollo y los procesos aducidos en el curso medio del Guadalquivir y la Campiña, dista mucho de

ser completa. Asentamientos muy conocidos, aunque poco comprendidos en profundidad como Ategua o Alcurrucén, otros mejor tratados como Colina de Los Quemados (Luzón; Ruíz, 1973) o el Llanete de los Moros (Martín de la Cruz, 1987), y otros completamente ignorados como el cerro de la Cuesta del Espino, o los Torreones próximo a Villafranca, han desplegado un abanico de interrogantes ya decantados tras los trabajos de J. F. Muriillo, que no han visto la continuidad deseada en medios académicos y universitarios. Vemos pues cómo estas rémoras no son ajenas a las dificultades extraídas del estudio de la Edad del Bronce en dicho territorio, jalonado entre otras cosas, por falta de iniciativa, la desidia y el agotamiento de las propuestas a realizar desde hace ya más de diez años.

---

## LA PIEZA

---

Dentro de las actividades programadas en el campo de trabajo de agosto de 2004 en la localidad cordobesa de El Carpio, coordinado por el Instituto Andaluz de la Juventud, y enfocado a la limpieza y acondicionamiento del entorno de la ermita de San Pedro, tuvimos ocasión de acceder en varias ocasiones al interior de la torre de Garci-Méndez, construcción mudéjar de la primera mitad del siglo XIV.

Esta construcción representa uno de los ejemplos más cautivadores de la arquitectura militar del mil trescientos, cuyo estado de conservación en el interior resulta al día de hoy cuanto menos increíble. Levantada en parte empleando distintas proporciones de ladrillo y argamasa, el uso de piedra (molina montoreña en gran parte) y material de



FIG. 1: *Fotografía de la estela de El Carpio, reciclada como dintel en la fortaleza mudéjar.*

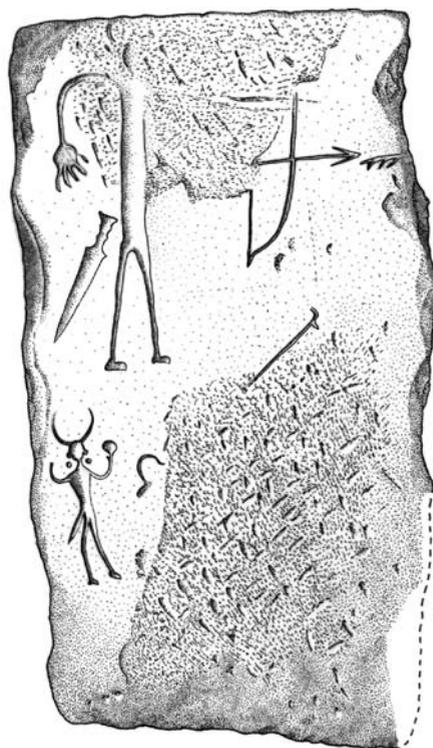


FIG. 2: *Dibujo a escala obtenido partir de un calco del original.*

acarreo no es nada despreciable. Ejemplos de esto constituyen los capiteles corintios de la sala áulica, al parecer datados en el siglo IX (Ortiz y Bernier, 1983: 271) y a los que se les suma aquí, la interesante pieza que ocupa esta pequeña contribución al estudio de la primera mitad del Primer Milenio antes de Cristo en nuestras campiñas.

Situada en la tercera sala que sirve como estancia superior de la torre, también llamada sala áulica, encontramos reaprovechadas dos losas en calcarenita noble de aproximadamente 0,83 m. (al menos, ya que al estar empotrada desconocemos su longitud real) x 0,38 x 0,20 m. de grosor la primera de ellas, 0, 80

(al menos) x 0,55 x 0,18 m. la segunda, colocadas en paralelo sirviendo de dintel al acceso a un gabinete iluminado actualmente por una saetera reconstruida. Dicho gabinete o cabina ha sido interpretado tradicionalmente como cocina o despensa de la estancia principal, la más solemne de dicha torre (Ortiz y Bernier, 1983: 271). Esta calcarenita del Tortoniense, de edad terciaria y muy similar a la conocida en las canteras de Porcuna<sup>2</sup>, está presente a menudo en terrenos pertenecientes a pueblos

<sup>2</sup> Estas características movieron a nuestro compañero Fernando Salas a reparar inicialmente en dichas losas, similares a las extraídas en antiguas canteras de Obulco, lo que precipitó el descubrimiento.

circundantes, como Villa del Río, Cañete y Bujalance, si bien se conoce su presencia al extremo sureste del término municipal de El Carpio (Gil Varón, 1992: 15).

Ambas losas, de las cuales al menos la primera presenta *decoración*, poseen en su plano visible un somero acabado que termina por dejar lisa la superficie sobre la cual se efectuó el grabado (**Fig. 1**). La cara externa de la primera, de forma vagamente rectangular, fue afectada, pensamos que durante su reciclaje en la obra en la que se inserta, por un leve piqueteado de acondicionamiento que terminó por afectar a la composición escénica representada. Es posible que la losa contigua citada anteriormente formara parte en origen, de dicha estela, dividida en dos pedazos tras haber sido serrada en los trabajos de erección de la obra medieval. Cuestiones de tiempo y prioridad nos obligan a centrarnos únicamente en esta primera pieza, sin descartar la posibilidad de existir grabados sobre el lado oculto de la segunda losa, cosa que por el momento y como cabe pensar queda fuera de nuestras posibilidades.

---

## LA ESCENA

---

Sin duda originariamente dotada de un campo más extenso en donde los elementos representados pudieron ser deduciblemente más abundantes, la probable mutilación a la que fue sometida así como el repiqueteado de su superficie hace que hoy no podamos precisar de manera completa el modo en que se arti-

---

<sup>3</sup> | Resulta hoy muy difícil hacerse a la idea de cómo exhibiría la cabeza este primer antropomorfo. Los rebajes y alteraciones sufridas impiden saber si portaba casco o no, si bien algún trazo curvilíneo hace pensar en la posible presencia de cuernos, algo dudoso de demostrar de modo claro.

culaba la composición representada (**Fig. 2**). Preside el área escénica una figura antropomorfa<sup>3</sup> que se muestra espada al cinto, arco a su izquierda con la flecha encocada al punto medio, en cuya punta se aprecian perfectamente ambas aletas. El arco, que muestra un leve apéndice en el extremo conservado, podría relacionarse al de tipo doble-convexo que ha sido descrito en la estela de Torrejón del Rubio I (Cáceres) (Quesada, 1989: 175). El problema fundamental de esta área superior de la escena, radica en las erosiones y alteraciones que presenta su superficie, lo que nos impide definir de un modo claro la relación del arco con respecto a dicho antropomorfo. Como podemos observar en el dibujo, no podemos saber si el brazo izquierdo del antropomorfo se mostraba al igual que el derecho, paralelo al eje del cuerpo (caso semejante a la estela de Écija III (Celestino, 2001: 245), que muestra una composición similar) o bien éste se prolongaba en dirección al cuerpo del arco, al que sostendría. Esta última posibilidad, unida a la clara disposición de la espada con respecto a la cintura del personaje, daría cuenta de la naturaleza especialmente narrativa de la pieza objeto de este trabajo, alejándola, en cierta manera, de una mayoría de muestras conocidas hasta la fecha.

A menudo se incide en torno a la validez de las observaciones tipológicas artefactuales elaboradas a partir de las representaciones plasmadas en esta suerte de manifestaciones culturales (Murillo, 1994: 24), las cuales, a menudo dotadas de un evidente esquematismo, hacen difícil cualquier intento. La monografía de S. Celestino muestra un listado variado de ejemplos asociados al tipo de espada, los rasgos de la hoja y el pomo (Celestino, 2001: 102-108). Evitando entrar en toda discusión al efecto, resaltaremos su

semejanza con ciertos tipos representados en hallazgos arqueológicos, base a su pomo terminado en T, el mango y las características de su guarda y hoja. El hecho de verse representada exenta respecto a la figura principal, no excluye, tras un leve análisis de su disposición, verse incluida en la escénica principal, ligada compositiva y espacialmente a la cintura del personaje. Dentro de la problemática precisa de las llamadas estelas del Suroeste, esta última observación se presenta como hecho destacado frente a otras representaciones en las cuales los objetos se muestran exentos de orden lógico aparente.

Hacia el extremo superior derecho del conjunto se muestra un diseño pectiforme, quizá incompleto aunque nada raro en otros ejemplos conservados. Ello podría representar en realidad un cuadrúpedo en actitud de fuga, en cuyo caso, su inclusión en el conjunto del arco y flecha podría hacernos pensar en principio en una escena cinagética<sup>4</sup>. Por otra parte no debemos olvidar el artefacto representado en la estela de El Viso VI, interpretado como un peine y también realizado a la derecha de un arco de características semejantes (Ruiz Lara, 1986: 98). Hemos de tener en cuenta que ambas figuraciones, peine y cuadrúpedo, son relativamente abundantes en el conjunto de la muestra conocida de las llamadas “Estelas de Guerrero”, si bien al contrario que en nuestro caso, en la mayoría de las ocasiones los criterios establecidos para incluirlas en una u otra categoría suelen ser relativamente definitorios.

El medio inferior queda separado por un trazo oblicuo rematado en dos pequeños apéndices en su extremo superior, uno a cada lado. La alteración sufrida en esta área de la pieza impide visualizar con seguridad el con-

junto donde se insertaría dicho trazo como parte integrante, lo que nos exime en esta ocasión de participar en una interpretación satisfactoria, quedándonos por el momento sin tomar partido por asociarlo a elementos presentes en otras estelas, como la figura del carro o de la lanza.

Es así como en dicho área inferior, el trabajo de cincel del alarife medieval sólo nos permite hoy día contemplar en el tercio izquierdo de dicha zona, la figura de un segundo antropomorfo de menor tamaño que el anterior, portando claramente una espada al cinto de la que no se distingue sobresalir el pomo. Llama la atención en este personaje, su casco dotado de cuernos en forma de U, similar al presente en la estela de Las Herencias II (valle del Tajo), contando con lo que parecen ser dos círculos rebajados uno a cada lado de la cabeza, muy similares a los presentados por la figura antropomorfa de El Viso I (Valle del Zújar, al Norte de la Provincia de Córdoba), la cual porta igualmente casco de cuernos, esta vez, liriformes (Celestino, 2001: 354; 394). Asimismo resulta curioso observar la aparente presencia de otros dos pequeños círculos exentos que parecen colgar bajo los mencionados más arriba, similares a aquellos que presenta el antropomorfo principal de la conocida y próxima estela de Ategua, también llamada de Gamarillas. Como el personaje principal, éste se

---

<sup>4</sup> El único caso conocido hasta la fecha se observa en la estela de San Martinho II, hallada en la región de Beira Baja, Portugal. Representa uno de los casos más particulares, en el cual, carente de cualquier arma, a excepción hecha del arco, flecha y carcaj, sí muestra peine, fíbula, cuadrúpedo y espejo. El diseño grabado parece expresar una escena cinagética con perspectiva mixta: el antropomorfo aparece de espaldas, las piezas a abatir (entre las que se observa un ciervo) en vista cenital, y el arco, en posición horizontal (Celestino, 2001: 359).

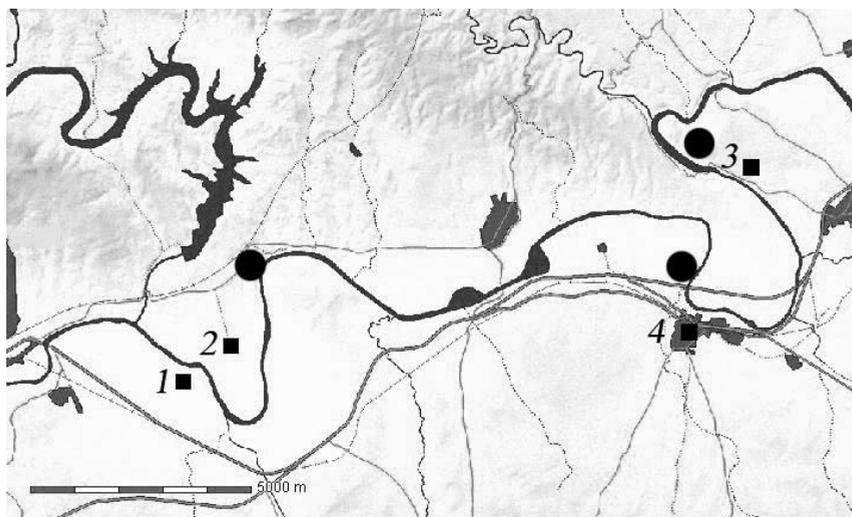


FIG. 3: Localización geográfica de los hallazgos de, 1) La Vega, 2) La Ribera Alta (en relación la sitio de Los Torreones, señalado con un círculo, 3) Pedro Abad (próximo a Alcarrucén) y 4) El Carpio, al Sur de la Ermita de San Pedro (mapa: Ortofoto Digital de Andalucía.)

sitúa orientado a la derecha y muestra ambos brazos elevados hacia arriba, portando en el izquierdo lo que bien podría ser un espejo. Éste es un objeto largamente conocido en estas estelas (se muestran en al menos seis casos de las dieciséis estelas asignadas por Celestino Pérez al Valle del Guadalquivir)<sup>5</sup> si bien esta es la primera vez (que sepamos) en que un espejo se muestra preso por un personaje, confirmando de nuevo a nuestra estela un carácter descriptivo extraordinario, no

<sup>5</sup> Recientemente han sido descritas tres estelas más del Valle del Guadalquivir en las que se representa este objeto. La de Montemayor, en la ribera del Guadajoz (Ferrer Abelda, 1999), otra procedente del Cortijo de la Reina, próximo a Córdoba (Cortijo de la Reina I) (Murillo, Morena y Ruiz, 2005: 25-27) y en la posible de Espejo, citada por Samuel de los Santos Gener y redescubierta recientemente (Murillo, Morena y Ruiz, 2005: 20-23). Así, tras contar con diez nuevos ejemplares en el Guadalquivir, pasan a ser veintiséis estelas, nueve de ellas dotadas de un espejo, excluyendo en ambos casos al ejemplo que nos ocupa.

siendo exclusivo entre los ejemplos más meridionales (Celestino Pérez, 2001: 95, 96).

Cerrando la composición conservada actualmente destaca un grafismo que nos recuerda de alguna manera a una hoz; la rareza de una representación semejante en el grueso de los monumentos conservados nos hace plantear serias dudas. Por otra parte, la frecuente presencia de fíbulas de diverso género grabadas en varios ejemplos y la sobriedad de línea con la cual son a menudo representadas fuerza, a la hora de adjudicar una u otra opción, a decantarnos por la segunda.

## PAISAJE ARQUEOLÓGICO

Buscar un lugar original de procedencia para este objeto se nos presenta difícil, dadas las circunstancias del hallazgo, situado a varios

metros de altura por encima de la presunta cota de suelo existente al momento de su ejecución e integrado en la cámara superior de una construcción medieval. La pregunta fundamental de este trabajo quedará entonces sin una respuesta asegurada. Que manifestaciones tan precisas y definidas como son las llamadas Estelas del Suroeste hayan aparecido en paralelo a la investigación de las formas más diversas, pero con la constante de encontrarse fuera de contexto parecen observaciones que casi se aproximan al tópico. Exceptuando pocos casos en los que además el arqueólogo no tuvo ocasión de presidir (Murillo, 1994: 20; Murillo, Morena y Ruiz 2005: 25-34), dicha descontextualización, o si lo preferimos, dicho aislamiento microespacial, únicamente nos han dejado ocasión de contextualizar la articulación de los elementos representados en las estelas. El hecho de ser éste un ejemplo más muestra hasta que punto podrían encontrarse visibles, quizá presidiendo puntos destacados del paisaje, hecho que motivó su reaprovechamiento al perder su sentido, su mensaje social, lo que podría haber coadyuvado a no dejarnos hoy día ejemplos observables in situ.

Salta a la vista la relación que mantienen en el valle del Guadalquivir estas manifestaciones con yacimientos de destacada envergadura como en el caso de Ategua, Los Torreones o Alcurrucén en nuestra provincia, representados por las estelas de Gamarrillas, Ribera Alta y Pedro Abad respectivamente. Muy recientemente, se han venido a sumar otras dos estelas halladas en el Cortijo de la Reina, a unos 150 m de la margen izquierda del Guadalquivir, a cinco kilómetros de distancia del extenso yacimiento de Colina de los Quemados (Murillo, Morena y Ruiz, 2005: 25-34). En nuestro caso resulta inevitable relacionar

esta nueva manifestación al cercano hábitat de La Ermita de San Pedro, a un kilómetro escaso de la actual población de El Carpio, núcleo habitado hasta la baja Edad Media con el topónimo de Alcocer y con continuidad de hábitat reconocido, al menos desde la Edad del Cobre (Martínez, 2007: 12).

Prospecciones arqueológicas llevadas a cabo por el Área de Prehistoria de la Universidad de Córdoba bajo la dirección del Dr. D. José C. Martín de la Cruz, según autorización de la Consejería de Cultura de 1995<sup>6</sup>, detectaron por vez primera testimonios indiscutibles de un intenso poblamiento prehistórico en esta zona, representado concretamente por fragmentos cerámicos típicos de momentos centrales del II Milenio, detectándose vasijas decoradas con haces de incisiones en el borde, mamelones, cuencos semiesféricos de borde entrante, y varios ejemplos de los clásicos dientes de hoz, alguno de los cuales dotado con la característica pátina de cereal. Otros hallazgos, fragmentos cerámicos pintados y varias muestras de *sigillata*, dieron cuenta de una amplia ocupación en épocas ibérica y romana.

En Agosto de 2005, gracias a un permiso de la Consejería de Cultura, tuvimos ocasión de realizar<sup>7</sup> un sondeo de 2 x 3 m. bajo

<sup>6</sup> | Agradecemos a José Clemente Martín de la Cruz su apoyo y confianza sostenida en todo momento, facilitándonos el acceso al material de prospección y su interés concreto por el estudio e investigación de este hábitat fluvial del II Milenio, contemporáneo a su bien conocido Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba).

<sup>7</sup> | Dicha *Intervención Arqueológica Puntual*, dirigida en conjunción con el Dr. Córdoba de la Llave, profesor titular del departamento de Historia Antigua y Medieval de la UCO, llevaron a la apertura de dos sondeos, el segundo de ellos, de 2 x 5 m., realizado a cota superior en el interior del recinto defensivo, sirvieron para documentar la ocupación almohade.

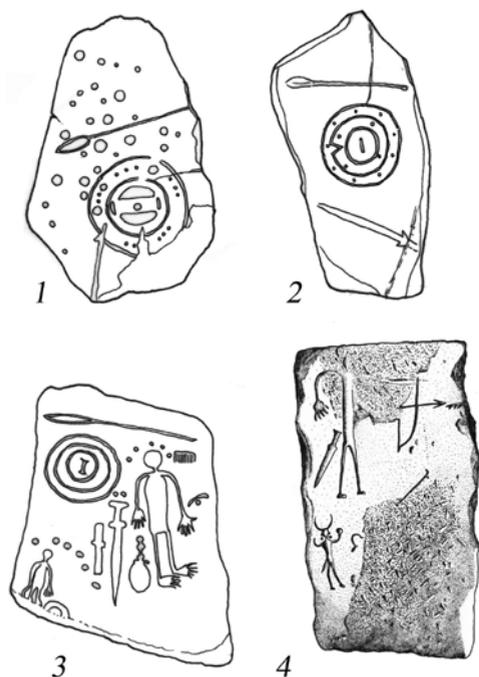


FIG. 4: De izquierda a derecha, y de arriba a abajo, estelas de: 1) La Vega, 2) La Ribera Alta, 3) Pedro Abad, (a partir de Murillo, 1994: 32, Fig. 4: 31, Fig. 5), (Celestino, 2001: 433) y 4) El Carpio.

el lienzo norte de la fortificación medieval, con la esperanza de obtener una secuencia estratigráfica representativa de la ocupación diacrónica de este hábitat ribereño (Córdoba de la Llave; Martínez, 2005; Martínez, 2007: 5-16). Sin embargo, a escasa profundidad (en ciertos puntos a menos de 60 cm.) topamos con las margas naturales, donde pudieron documentarse dos estructuras, una de ellas interpretada como fondo de cabaña. Ésta, llamada Estructura A, se encontraba excavada 30 cm. en el sustrato margoso, pudiendo llegar a los 3 m. de diámetro. Asociado a este espacio se halló suficiente material (cuencos hemisféricos, las típicas formas

cerradas, algún plato de borde redondeado), como para hacerlo corresponder a momentos finales del calcolítico, o iniciales del Bronce en la Campiña (quizá correspondiente al estrato IX de Monturque (López Palomo, 1993: 129-152), desde luego anterior a la fase I de Setefilla (Aubet *et alii*, 1983: 51-70) y relacionable en el Alto Guadalquivir jiennense a lo que se ha venido en llamar Horizonte Cazalilla II-Albalate (Ruiz, Nocete y Sánchez, 1986; Nocete, 1994).

Apoyando directamente sobre las margas naturales miocenas, dos paquetes de composición heterogénea contenían cerámicas de amplia cronología, desde la Edad del Bronce hasta la Baja Edad Media. De entre la cerámica prehistórica destacaban algunas formas clásicas del Bronce Reciente y Final, con buenos acabados y superficie acharolada de tonos oscuros, bordes exvasados y características sin duda muy diversas de las presentes en el interior de dicha estructura negativa. Estas circunstancias podrían ser explicables base al carácter ribereño del hábitat y su escasa cota con respecto al cauce del río, que bien ha podido influir en la sustracción y arrasamiento de los niveles de ocupación correspondientes a estas épocas, al menos en lo que respecta a la escasa área excavada (Martínez, 2007: 11). Futuras intervenciones en sectores distintos del yacimiento podrán subrayar la esperada secuencia del tránsito del II al I Milenio a. C., tan sólo atestiguada hoy por material alterado o de superficie.

Este asentamiento, que ocupa el margen izquierdo del Guadalquivir dominando parte de uno de los meandros más pronunciados del río en este curso (y que engloba la península de La Huelga), dio origen a la actual población de El Carpio cuando, a mediados del siglo XIV

concluyó su traslado al emplazamiento que hoy ocupa (Nieto y Escobar, 1992: 50, 51). A falta de informaciones que nieguen o corroboren esta adjudicación, podríamos relacionar el yacimiento de La Ermita de San Pedro como posible origen de la pieza considerando que la construcción de la mencionada torre, terminada hacia 1325, fue paralela a la despoblación de la cercana villa de Alcocer, cuyos materiales serían deduciblemente aprovechados en la obra militar. Al menos, se trataría del único hábitat de entidad, junto a aquel de Alcurrucén, poblado en los momentos iniciales del I Milenio a.C. en las proximidades del actual núcleo de población.

---

## CONCLUSIONES

---

Se ha insinuado la existencia de dos grupos de estelas claramente diferenciados en la depresión Bética; un primero, en el que se incluye el núcleo de Écija, que se entiende por las campiñas y que parece indiferente al transcurrir del Guadalquivir, y otro más oriental, menos definido al parecer, que sí se muestra receptivo al comportamiento del cauce fluvial (Celestino, 2001: 57). Matizado hoy a cuenta de los últimos descubrimientos, este último grupo es el que nos interesa resaltar aquí, en vista de la situación y paisaje en el que se encuadraría nuestro monumento.

Estamos pues ante otro ejemplo más entre este género de estela grabada, de entre las que ya conocemos seis<sup>8</sup> en la vega media del Guadalquivir a su paso por la provincia de Córdoba. Todas ellas halladas muy cerca del cauce del río, y todas ellas en relación a un punto vadeable del mismo<sup>9</sup>. Efectivamente, tanto la estela del Cortijo de la Vega (margen izquierdo del Guadalquivir), como la

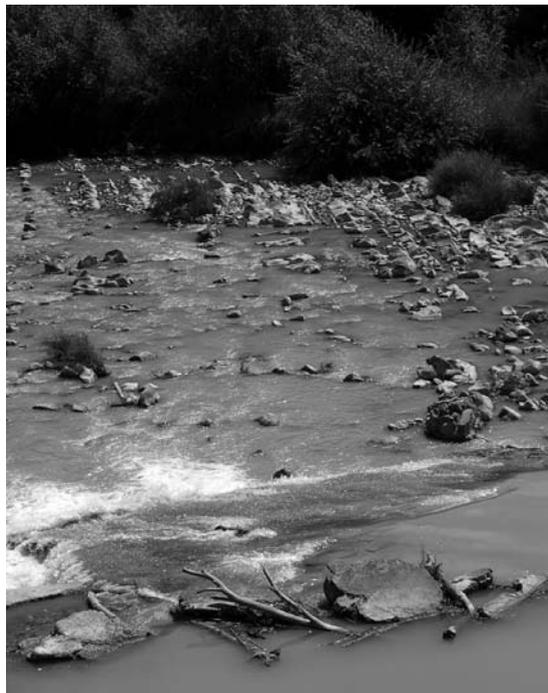


FIG. 5: Vado sobre el Guadalquivir a su paso por la ermita de San Pedro (foto: Agosto 2004)

estela encontrada en la Ribera Alta (la única ribereña hallada en el margen derecho)<sup>10</sup>, se hallaron próximas al cerro de Los Torreones, que domina un vado del río y que posee una

---

<sup>8</sup> | Siete contando con un ejemplar procedente de Palma del Río del que poco se sabe, citado recientemente (Murillo, Morena y Ruiz, 2005: 35)

<sup>9</sup> | Para el caso de las nuevas estelas del Cortijo de La Reina del Guadalquivir, una isleta conecta la actual pedanía de Majaneque, en la orilla derecha, con el camino del cortijo a la izquierda, restando evidente dificultad a una eventual travesía del cauce. Que dicha isleta figurara ya a comienzos del I Milenio antes de nuestra era es algo que al menos nosotros desde luego no podemos probar.

<sup>10</sup> | Ambas clasificadas como "estelas básicas", es decir, sin representación antropomorfa, mostrando sólo atributos armamentísticos tales como escudo, lanza, y para el caso de la Ribera Alta, también espada (Murillo, 1994).

amplia ocupación atestiguada al menos desde el Bronce Final (Murillo, 1991, 1994). Dicho cerro describe a su vez un considerable meandro, como también sucede en la doble curva que conforma las *penínsulas* de la Huelga y Alcurrucén. Procedente de éste yacimiento, que también domina una zona vadeable, hay una estela conocida como de Pedro Abad, por la proximidad de ésta población (Bendala; Rodríguez, 1994: 59-67) (**Fig. 3 y 4**). En nuestro caso, la ermita de San Pedro o Alcocer, establecería conexión a dicha península a través de otra zona de vado, gracias a la emersión de materiales paleozoicos plegados (**Fig. 5**).

Abrimos aquí un paréntesis territorial al abordar en el fenómeno de las estelas, tema tan amplio como su propia dispersión geográfica. En la Vega media del Guadalquivir, observamos estas manifestaciones subordinadas al cauce del río. Resulta imposible eludir la presencia del rol clave que ejerce el curso del Guadalquivir a través de sus accidentes más sobresalientes en el paisaje. En concreto, queremos destacar los meandros, circunvalaciones que magnifican de algún modo el doble papel que presentan los propios cursos fluviales, mostrándose a la vez como barreras<sup>11</sup> y como vías de comunicación. En un paseo por las líneas descritas por los hallazgos de estelas grabadas, M.ª L. Ruiz Gálvez y E. Galán ya observaron cómo un posible itinerario de comunicación podría conectar, a través del Guadiana, el Valle del Tajo con el Guadalquivir (Ruiz Gálvez; Galán, 1991: 263, 264). Éste a su vez podría describir una ruta hacia levante, siguiendo el cauce del río, representada en un

tramo por aquellos lugares con presencia y hallazgo de estelas que hemos citado a lo largo de este trabajo, ruta que coincidiría con itinerarios ya conocidos de antiguo encarnados en los que el propio cauce describe. Así pues se hace necesario concretar en este caso un vínculo con la articulación del poblamiento, asociando las manifestaciones monumentales que tratamos con nudos de enlace, caminos, vías, que conectan puntos de hábitat concretos al paisaje circundante.

Tanto Celestino Pérez (Celestino, 2001: 316-317) como más recientemente J. F. Murillo y otros (Murillo, Morena y Ruiz, 2005: 44) han destacado la dificultad de hacer generalizaciones abusando de la función de marcador territorial o hito, como de algún modo se extraía de la hipótesis descrita anteriormente. Es cierto que resulta difícil imaginar estas manifestaciones cumpliendo un objetivo que requiere un gran nivel de visibilidad, cosa que a juzgar por su tamaño resulta dudosa. A nuestro juicio, y con respecto a la localización concreta de las estelas en la Vega del Guadalquivir, el vado constituiría, en lugar de un factor activo, una consecuencia derivada del patrón de asentamiento; núcleos conectados a las vegas fértiles, bien defendibles, con especial interés, porqué dudarlos, en el control de dichos vados, de gran importancia como paso de ganado en los ciclos estacionales, necesidad nada baladí. Ejecutadas para ser leídas e interpretadas, su presencia como *referencia visual* en el paisaje no tiene por qué reducirse exclusivamente a la idea de hito o jalón vial, unido indefectiblemente al trayecto de una ruta de comunicación, como fue matizado en su momento (Ruiz Gálvez; Galán, 1991: 272). Dicho juicio no excluiría otras posibles *funciones*, algo más polémicas como es la cuestión funeraria y la exhibición

<sup>11</sup> | No podemos dejar pasar aquí la imagen de *foso* inundado, que a menudo presentan los meandros defendiendo y aislando tierras agrícolas de vega de primera categoría.

de la riqueza, desatada ante nuevos factores de desigualdad provocados por el impacto de las colonizaciones (Celestino, 2001: 289 ss).

Aunque en el apasionante tema de las Estelas del Suroeste sean muchos los que han hablado largamente de este asunto, probablemente sea aun muy pronto para manejar datos definitivos. Se nos ha enseñado cómo se han multiplicado los hallazgos en los últimos años (Murillo, Morena y Ruiz, 2005: 40) y aunque aún se carezca de asociaciones estratigráficas concretas, pensamos que esta

falta no se mantendrá mucho tiempo. Aunque nuestras impresiones respecto al tema parten ahora hacia direcciones diversas, cierto es que no podremos conocer nunca con seguridad el emplazamiento original del monumento ni su asociación concreta, cosa que confiamos no suceda con futuros descubrimientos<sup>12</sup>. Esperamos y deseamos que el camino a seguir no tropiece con vacíos tan descorazonadores como los experimentados ante la búsqueda de su sentido *real*, en su doble vertiente social y simbólica.

---

## BIBLIOGRAFÍA

---

ALMAGRO BASCH, M. (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*. Bibliotheca Praehistorica Hispana. Madrid.

AUBET SEMMLER, M.<sup>a</sup> E., REMEDIOS SERNA, M.<sup>a</sup>, ESCACENA CARRASCO, J. L.; RUIZ DELGADO, M. M.<sup>a</sup> (1983): *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*. EAE, Ministerio de Cultura.

BELÉN, M.; ESCACENA, J. L.; BOZZINO, M. I. (1991): "El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. I. Análisis de la documentación", *Trabajos de Prehistoria* 48, pp. 225-256.

BENDALA, M.; RODRÍGUEZ, I.; NUÑEZ, E. (1994): "Una nueva estela de guerrero tartésica de la provincia de Córdoba". *Homenaje a Jose M.<sup>a</sup> Blázquez*, vol. I. Madrid, pp. 59-67.

CELESTINO PÉREZ, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra Arqueología.

CÓRDOBA DE LA LLAVE, R.; MARTÍNEZ SÁNCHEZ, R. M.<sup>a</sup> (2005). *Informe preliminar de la Intervención Arqueológica Puntual en los terrenos anexos a la Ermita de San Pedro. El Carpio (Córdoba)*. Consejería de Cultura.

FERRER ABELDA, E. (1999): "La estela decorada de Montemayor, Córdoba". *Antiquitas*, 9-10, pp. 65-72.

GALÁN, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*, Complutum Extra 3. Madrid.

GIL VARÓN, L. (1992) "El Medio Físico", en Escobar Camacho, J. M. (Coord.) *Historia y Geografía de El Carpio*. Diputación Provincial de Córdoba, pp. 13-25.

GUILAINE, J.; ZAMMIT, J. (2001): *Le Sentier de la guerre. Visages de la violence préhistorique*. Éditions de Seuil.

---

<sup>12</sup> | Setefilla (Celestino, 2001: 417), Cerro Muriano II, La Reina I, La Ribera Alta, Solana de Cabañas, Granja de Céspedes, (citados en Murillo, Morena y Ruiz, 2005: 27)...., representan ejemplos concretos y algunos bien conocidos de estelas halladas con asociaciones precisas, indicando en la mayoría de los casos, contextos probablemente funerarios. La vaguedad de algunas de las pruebas y la dificultad de emitir hipótesis con informaciones imprecisas (remociones sin control arqueológico), hacen que se prefiera evitar plantear abiertamente el asunto, a la espera de nuevos hallazgos, actitud en vista de la naturaleza del debate en Arqueología, hartamente comprensible.

- LUZÓN NOGUÉ, J. M., RUÍZ MATA, D.: (1973): *Las Raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados (Córdoba)*. Córdoba, CSIC.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1987): *El Llanete de los Moros, Montoro, Córdoba*. E.A.E., 151, Madrid.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, R. M.ª (2007): "La ermita de San Pedro, El Carpio (Córdoba). La fase prehistórica a través del corte 1. Actividad arqueológica puntual de 2005". *Antiquitas* 18-19, pp. 5-16.
- MORENA LÓPEZ, J. A.; MUÑOZ MUÑOZ, J. F. (1990): "Nueva estela de guerrero del Bronce Final hallada en Córdoba". *Revista de Arqueología*, 115, pp. 14-15.
- MURILLO REDONDO, J. F. (1991): Análisis del doblamiento durante el Bronce Final y el Orientalizante en la Cuenca Media del Guadalquivir. Tesis doctoral. Universidad de Córdoba.
- MURILLO REDONDO, J. A. (1994): "La estela de la Ribera Alta (Córdoba): consideraciones en torno a las estelas con escudo, espada y lanza". *AAC* 5, pp. 11-32.
- MURILLO REDONDO, J. A.; MORENA LÓPEZ, J. A.; RUIZ LARA, D. (2005): "Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real". *Romula* 4, pp. 7-46.
- NIETO CUMPLIDO, M.; ESCOBAR CAMACHO, J. M. (1992) "Alcocer y el Carpio en la Edad Media", en Escobar Camacho, J. M. (Coord.): *Historia y Geografía de El Carpio*. Diputación Provincial de Córdoba.
- NOCETE CALVO, F. (1994). *La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (3000-1500 a.n.e.)*, Monográfica Arte y Arqueología 23, Universidad de Granada, Granada.
- ORTÍZ JUAREZ, D.; BERNIER LUQUE, J.; NIETO CUMPLIDO, M. y LARA ARREBOLA, F. (1983): *Catálogo artístico y monumental de la provincia de Córdoba*. Tomo II. Diputación Provincial de Córdoba.
- QUESADA SANZ, F. (1989): «La utilización del arco y la flecha en la Cultura Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp. 161-201.
- RUIZ GÁLVEZ, M.ª L.; GALÁN, E. (1991) "Las Estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales", *Trabajos de Prehistoria* 48, pp. 257-273.
- RUIZ LARA, D. (1986), "Nueva estela decorada en el Valle del Zújar" *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 1, pp. 95-101.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; NOCETE CALVO, F. SÁNCHEZ RUIZ, M. (1986). "La Edad del Bronce y la argarización en tierras giennenses.", en *Homenaje a Luis Siret; Actas del Congreso "Homenaje a Luis Siret (1934-1984)"*. Cuevas de Almanzora, Almería. Junio, 1984. Consejería de Cultura, pp. 271-286.